



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 19. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Mayo 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO.

Revista de Modas, por doña Joaquina Balmaseda. —Trajes de entretiempo. —Vestido con túnica sin mangas. —Traje de amazona. —Fichú con biesses. —Fichú con solapas. —Adorno de novedad para cuerpo y mangas. —Traje con túnica abanico. —Traje con falda de pouf. —Sombrero y fichú de entretiempo. —Diadema de terciopelo. —Prendido para sociedad. —Cofia de mañana. —Fichú y adorno de vestido de encaje irlandés. —Escote y mangas para traje de sociedad. —Traje con mantilla. —Jarrón de flores de pluma. —Es-

tudios prácticos para cortar camisas de hombre. —LITERATURA: La murmuración, por D. Antonio Lopez Ramajo. —La libertad, poesía, por Teodoro Guerrero. —Tu duelo, poesía, por Luciano García del Real. —La ciudad de los hechiceros, por Lutgarda Camargo de Contreras. —El capital de la virtud, por Angela Grassi. —Charadas. —Secretos del tocador. —Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

Mujeres y flores, flores y mujeres han nacido para comprenderse y amarse según dicen los poetas; y una célebre poetisa, cuya reciente pérdida aun lloramos, llegó hasta el extremo de decir:

Mujer y flor, no es igual? (1)

Poresola Moda de Mayo, lijera, graciosa, de matizadas tintas, que deja lucir al talle toda su esbeltez, asemejándole al tallo de la flor que se cimbreo al menor soplo del viento, es la que mejor sienta á la mujer, porque es la que más armoniza con las flores. Los trajes de este año contribuyen á completar esta idea, y los bordados con numerosos ojitos y calados, los tules blancos y negros sembrados de cristal ó de azabache, los tejidos á listas mates y caladas, los cañamazos y las gasas, más parecen velos transparentes para vestir á las hadas ó mal encubrir á las flores, que para servir de ropaje á simples mortales. Las hechuras dejan lucir los contornos del cuerpo realzando su gracia, y hasta los sombreros y los peinados que durante una larga temporada han sido de una altura exajerada, han experimentado una razonada modificación. La forma *Rebeca*, de encaje negro con azabache y retorcido y lazos rosa ó azul, sin ser un sombrero bajo, acompaña la cabeza por detras con un pequeño bayolet, y tiene todo el carácter del turbante hebreo embellecido. El *Médicis* ó el *Carlota Corday*, de paja de arroz, con la copa bullonada y ala encañonada, es un sombrero casi bajo, de forma graciosa, pero al lado de estos el *Maravilloso* y el *Maintenon*, son de copa elevada, y los elevan aun más sus adornos de lazadas, flores ó plumas. Las bridas siguen condenadas al ostracismo, y solo serán admisibles en algun sombrero de señora respetable, y para eso atadas por detras debajo del peinado. En cambio las cintas, las barbas de encaje, los veletes bordados de azabache, bajarán por detras flotantes á acompañar la cabeza y cuello.

En hechuras de trajes de verano, la túnica con mangas ó sin ellas y la doble falda, serán las que dominarán,



1 y 2. TRAJES DE ENTRETIEPO.

1. Vestido con túnica sin mangas.

2. Traje de amazona.

alternando no obstante con las faldas todas de volantes por detras en las telas ligeras de granadina, Tussí y Organdí. Para hacerle en diagonal ó cretona, el traje que presenta este mismo número en su primer grabado, es de mucho gusto, y esa túnica sin mangas puede combinarse con diferentes trajes. Algunas se hacen estas túnicas en percal francés de fondo blanco, orilladas de volante de lo mismo y un terciopelo negro á la pegadura, sujeto el pouf con lazos negros, resultando una combinación feliz

con todas las faldas, así de seda como de lana ó cretona en sus variados tonos y dibujos. En batista cruda tengo á la vista un traje de gran novedad en dos tonos: toda la parte de adelante va á tachones ó listas, formadas por cinco pliegues del color más claro y biesses del ancho de los cinco juntos del color más oscuro, alternando esto en todo el largo de la falda: la parte de atras va cubierta de volantes del color más claro, con tres biesses encima alternados de color, y completa el traje túnica sin mangas del color claro, ceñida, con cinturón, del que descende una limosnera de las dos telas del vestido. Como aun no es tiempo de prescindir por completo de los vestidos de seda, que representarán un papel importante en todo lo que resta de este mes y el que viene, recomendaré uno que tengo á la vista de gran novedad en faya color de reseda, toda la falda á medios paños, que se montan unos sobre otros, ribeteados de biés color de hoja seca ó reseda más bajo: una túnica con las puntas que vuelven á sujetarse con un lazo debajo del pouf y guarnecida de volante y encaje bordado de azabache encima, completa este distinguido atavío, que deberá acompañar un sombrero de tul negro con cintas reseda.

Como lindo accesorio de los vestidos de entretiempo y verano, interin llegue su aplicación á los de campo, os hablaré del fichú de tul negro bordado de azabache, del que os da muestra el grabado núm. 14, y que la mayoría de las jóvenes se han apresurado á imitar. Para reunión sobre un traje claro, para la calle sobre las túnicas de verano, y finalmente, para los trajes de campo cuando ya se hayan lucido con los de más pretension, es esta una

prenda útil, graciosa y de poco precio.

Ahora quiero aprovechar el espacio de que puedo disponer para daros cuenta del suntuoso almacén de géneros que han abierto en la calle del Carmen, esquina á la de Tetuan, los Sres. Aguado y Jarto, cuyas novedades he tenido ocasion de admirar antes de que hayan sido expuestas al público, cuidado que me tomo siempre que puedo en interés vuestro. El surtido que presenta á las miradas de los curiosos este almacén, excede á toda pon-

1) Señora Avellaneda, Hija de las flores.

deracion, y apenas habrá tejido propio de la estacion ó capricho de la Moda que no esté allí representado. Hay sedería en color de módicos precios, y en negro hasta de las mejores clases, porque en vestidos negros la economía no es admisible: el vestido negro es de todas las épocas, de todas las edades, de todas las situaciones, y su conveniencia está en la duracion y en el buen negro, condiciones que no se encuentran en telas baratas: hay en granadinas á listas de lana y seda, telas y colores de un gusto y variedad sin igual, y para túnicas que pueden servir con diferentes faldas, hay sultanas á listas brochadas y caladas de una delicadeza de colores infinita; cañamazos y cluny, últimos tejidos inventados por la Moda, de variados tonos, y sedelinas ó sean tejidos de hilo y seda en género liso y en rayado, que sin tener el precio de la faya rica, no le ceden en apariencia y buen efecto. En cretonas para trajes de mañana, hay dibujos de extraordinaria novedad á listas chiné y listas caladas, género enteramente nuevo, y percales franceses de unos colores tan extraños, que son imitacion perfecta de la sedería rica á listas de dos tonos que han venido este año: por pronto que estos ligeros apuntes lleguen á vuestras manos, acaso no lograreis ya admirar estos percales, llamados á desaparecer muy en breve de aquellos escaparates por su mucha novedad y su precio reducido en comparacion con otras clases de telas. Nada quiero ya decir de las tafetalinas, alpacas diagonales, organdís y otros mil tejidos propios de la estacion de que tienen gran variedad; pero no terminaré estas líneas sin hablaros de unos cortes de túnicas bordadas sobre fondos crudos al pasado y la inglesa, que, aunque algo caras, son de mucha riqueza y distincion. Allí, además, encontrareis damascos de lana y cretonas para sillerías, cortinajes de diferentes clases y velos, corbatas, pañolería y otros mil objetos de utilidad.

Ahora, para concluir, os diré que en género de confeccion se hacen para este entretiempo paletots cortos de faya con entredós de cluny de lana y encaje de lo mismo al borde, unos con tabla por detras sujetos con lazo de faya y hebilla de azabache, otros con pasamanería y azabache, alternando estos con las esclavinas de cachemir negras con iguales adornos, y muy propias para llevarlas en el brazo y ponerlas sobre el traje cuando refresca la tarde. De unos y otros, modelos os ofrece de continuo EL CORREO en sus numerosos grabados.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 y 2. TRAJES DE ENTRETUPO.

1. *Vestido con túnica sin mangas.*—Vestido con cuerpo alto y liso y volante cortado al biés de 40 cents. de ancho, rizado á dobles tablas muy separadas y sujetas con botones, abriéndose en solapas el espacio que media entre ellas, forradas, así como los botones, de la tela de la túnica: esta es de cachemir de la India, lisa y cerrada por delante con botones: echarpe que baja del cinturón con hebilla de nácar en el nudo y talle, y más pequeñas en las mangas. Sombrero de paja de Italia con ala vuelta, pluma y guirnalda de rosas.

2. *Vestido de amazona.*—Es de paño de color oscuro con chaqueta y manga ceñidas, y el adorno consiste en cordones de pasamanería en forma de berta, sujetos en el hombro con borlas que se repiten en el talle, donde la aldeta vuelve en solapas de terciopelo iguales al cuello alto. Sombrero de copa con velo de gasa del color del traje recogido á un lado con hebilla de azabache. Guantes con puño.

3. FICHÚ CON SOLAPAS.

El fichú, ó más bien la gola sigue siendo el complemento indispensable de los trajes. Este número y el siguiente presentan dos modelos de los más nuevos. Las solapas y la parte de atras, que forma tres puntas, son de faya color de salmon, y la parte de atras que queda derecha, se forra de seda por los dos lados con un linon en el centro: las vueltas tienen 5 cents. de ancho por 17 de largo y terminan bajo un lazo de la misma tela formado por tres lazadas, una punta deshilada y una corbata: un plegado de tul de 2½ cents. de ancho orilla el borde, y el escote una gola muy doble.

4 y 9. FICHÚ CON BIESES.

Forman el centro biejes de faya color malva, uniéndose en pico por detras y cerrándose por delante con un lazo de faya y tul. Cada mitad del fichú tiene 38 centímetros de ancho rizado á pliegues, y un plegado de tul malines de 6 cents. de ancho y disminuyendo por delante forma gola, adornando el borde un plegado de tul

de 3½ cents. El núm. 9 presenta el mismo modelo por detras.

5. ADORNO PARA CUERPO Y MANGAS.

Puede hacerse este adorno en faya sobre un traje de tafetalina ó crespon de lana, y se compone de dos tiras cortadas al biés de 8 á 10 cents. de ancho, que bajan á los lados del escote abierto en corazon y se cruzan en el talle: el adorno de la manga se compone de un biés de 11 cents. que se coloca liso en la parte de abajo y á pliegues en la de encima, debiendo ir forrado de seda de otro tono así como la gola. Un lazo de la misma tela puede reemplazar á la flor.

6. JARRON DE FLORES.

Este modelo muestra un jarron de mármol con flores artificiales que pueden ser de papel, de tela ó de pluma, conteniendo ya EL CORREO numerosos grabados de los tres géneros. Hoy mismo los números 17 á 21 muestran flores apropiado.

7. TRAJE CON TÚNICA-ABANICO.

La falda, de faya verde agua con cola, tiene dos volantes cubiertos de encaje y fijo este por una ruche de la misma tela á dobles pliegues y de 10 cents. de ancho: el encaje y la ruche figuran un fichú que cierra por delante bajo una rama de flores: el pouf de la túnica va sostenido por dos echarpes de la tela que se cruzan bajo otro grupo de flores y cuyas puntas van deshiladas: las dos de la túnica abierta van vueltas hacia atras, reunidas por otro grupo de flores. Un ancho encaje con ruche orilla la túnica y se coloca del derecho y del revés, segun forman los pliegues el abanico (véase el dibujo).

8. TRAJE DE UNA FALDA CON POUF.

Vestido de japonesa gris claro formando delantal, bullones de la misma tela con fleco al pié y lazos á los extremos: igual adorno se repite en la chaqueta y manga, y dos grandes bandas de la misma tela de 22 centímetros de ancho con fleco á las puntas sostienen el pouf. La chaqueta, abierta, lleva gola de tul cerrada por un lazo. Esta hechura puede servir para reformar un traje ya usado, pudiendo cortar de la túnica los bullones ó ponerlos de granadina del color de la tela.

9. SOMBRERO Y FICHÚ DE ENTRETUPO.

El fondo, de paja oscura, tiene 6 cents. de alto en la copa y va rodeada esta de biejes de faya que terminan por detras en lazadas y caídas de cinta de faya de 8 centímetros de anchura: el ala va levantada de un lado con lazadas, grupo de plumas y de flores. El color de la faya y cinta debe corresponder al de la paja. (Para el fichú véase el núm. 4).

10 y 11. PRENDIDOS PARA SOCIEDAD.

10. *Diadema de terciopelo.*—Comiéndose por cortar una tira de tul de 40 cents. de largo por 4 de ancho en el centro y 2 á los extremos, poniéndole á los bordes alambre y cubriéndolo de terciopelo: al lado derecho se coloca una escarapela de 10 hojas de terciopelo cortadas al biés, debiéndose emplear en cada una un pedazo doble de 14 cents. de largo y 8 de ancho: el centro se adorna con una joya ó un insecto de colores.

11. *Diadema de cinta y acero.*—La diadema, de acero bruñido, va colocada sobre una cinta azul de 6 cents. de anchura, plegada y terminada á un lado por un lazo muy doble y al otro por una lazada con caídas que sujetan una rama de rosas de musgo.

12 y 13. CÓFIA PARA MAÑANA.

Consiste la forma en un círculo de tul de 14 cents. de ancho, que se rodea de un puño de tul de 2 cents., y sobre este centro se coloca una tira de muselina rizada en 14 pliegues, todos hacia un lado, teniendo la tira 19 centímetros de anchura y de 60 á 70 de larga. El borde va rodeado de encaje Brugas doble y cosido por el pié con un rizado de cinta azul en el centro. Un lazo adorna la cófia á un lado, y una caída de muselina con encaje al rededor la completa. El núm. 13 presenta la cófia por detras.

14. FICHÚ Y ADORNO DE ENCAJE IRLANDÉS.

Estos adornos pueden ser ejecutados por una señora un poco hábil en labores: el fichú, de tul negro moteado, va guarnecido de encaje guipure, hecho en granadina negra á feston los bordes y recortado el fondo, quedando el dibujo en esqueleto como en el punto de Venecia. EL CORREO ofrece de continuo modelos para este bordado. Aldeta y encaje de manga completan este juego, que será muy elegante sobre traje gris.

15 y 16. FICHÚ Y MANGAS PARA TRAJE DE SOCIEDAD.

Bordado en tul.

El fichú rodea el escote cuadrado del vestido, y le forman un plegado de tul Malines de 4 cents. de ancho con biés doble de muselina por el revés (véase núm. 16) y un ancho encaje por el derecho que puede ser bordado en tul, y se coloca ligeramente rizado con otro pequeñito á la cabeza. También puede separar ambos encajes un biés de color igual al lazo que le cierra en el pecho. El mismo adorno se repite en la manga y el bordado del tul debe hacerse al zurcido con algodón grueso: gran bullon de tul completa la manga.

17 á 21. FLORES DE PLUMA.—Rosas de musgo.

Materiales: Plumas de pato, sémola, muselina rosa, papel verde de seda, algodón en rama, goma líquida y alambre. Pintura rosa y verde.

Continuando la serie de flores de pluma que viene publicando hace tiempo EL CORREO, ofrecemos hoy las rosas de musgo que se imitarán con gran perfeccion. Los números 18 y 19 ofrecen pétalos de diferentes tamaños, que se van rodeando en círculo al alambre, que tendrá los estambres ó semillas amarillas, hechas con hilo amarillo engomado y pasado por las puntas en sémola teñida de amarillo también: las primeras hojas van muy apretadas al cáliz, y solo las últimas se abren hacia afuera. Las plumas se tiñen primero, despues se cortan por los diferentes tamaños, y para darles forma convexa se coloca la pluma entre el índice y el pulgar, tratando de darle forma con los mismos dedos. Para separar los pétalos y hacer más esponjada la flor, se coloca una capa de algodón entre ellos. Por regla general se colocan para una rosa 3 pétalos pequeños, y de los otros tamaños progresivamente otros tantos hasta contar 18 ó 20 pétalos. La parte del tallo es de cera verde, y para las barbas se toma pluma del vientre del pato, y se tiñe y recorta por el modelo núm. 20, envolviendo los tallos en papel de seda verde y mezclando algunos filamentos de pluma, frotando despues el tallo con carmin seco.

Para el capullo se emplean 14 ó 16 pétalos del tamaño cuarto (núm. 19), rodeando los primeros á una bola de algodón unida al tallo; y para los capullos, enteramente cerrados, se hace la bola prolongada de algodón forrado de muselina rosa (núm. 21), y se rodea de barbas y musgo como muestra el núm. 20. Los tallos de las hojas van vestidos de seda verde.

22 y 23. TRAJE CON MANTILLA.

Vestido de diagonal azul turquesa con delantal formado por biejes y lazos y pouf de la misma falda. Cuerpo alto de peto por delante, y manga con guarnicion ribeteada de faya como el cuerpo y sujeta por biejes de faya ó terciopelo con lazo ó hebilla, velo-toquilla de chantilly con guarnicion de lo mismo, colocando una punta á la cabeza y otra á la espalda, cruzándose en el pecho para anudarse por detras en el talle.

JOAQUINA BALMASEDA.

ESTUDIOS PRÁCTICOS

PARA CORTAR CAMISAS DE HOMBRE.

(Conclusion).

La manga se obtiene del modo siguiente:

Se cortan dos anchos de la tela del largo que se quiere (63 cents. segun nuestro modelo), se humedecen y se estiran, como se habrá hecho con el cuerpo de la camisa.

Para determinar el ancho de la manga es preciso medir la bocamanga y el hombrillo (véase la fig. 10 del pliego del 2 de Mayo), para nuestro modelo llega á 25 cents., siendo el ancho inferior de 16 á 18 cents. Por lo tanto, las dimensiones, supongamos 25 y 18=43, permiten cortar dos mangas en un ancho de la tela, teniendo esta de 85 á 86 cents. (véase fig. 11 del mismo pliego). Si este ancho no basta, se completa la manga con la tira que se saca al delantero de la camisa (véase la fig. 12). Se marcan pues á cada borde del patron las dos medidas: esto es, la del ancho inferior (18) y la de la bocamanga (25) á cada uno de los bordes opuestos, y se tira una línea al través que une á las dos puntas.

A lo largo de esta se traza la línea de perfil y se cortan las dos mangas. Los demás detalles de la camisa tienen patrones invariables y que no suelen sufrir cambio alguno.

Confeccion de las camisas.

(Véase la fig. 10 del pliego del 2 de Mayo).

Apesar de la claridad de las figuras del patron, que pudiera dispensarnos de dar más explicaciones, y aunque carecemos de espacio para darlas detalladas no queremos omitir algunas que creemos importantes. Se em-

pieza por montar el cuerpo de la camisa de atrás y de delante al canesú, dejando por delante el suficiente espacio para colocar la pechera; se hacen luego las costuras de los costados, dejando en su extremo inferior la abertura correspondiente; se dobladilla por abajo y en la abertura, se pegan los cuadraditos de refuerzo y las mangas, y por último se procede á colocar la pechera. Se hilvanan las dos mitades de esta (que no puede tener más de 11 á 14 cents. de ancho) la una sobre la otra á lo largo del borde de delante, y ámbas respectivamente sobre la camisa, y solo despues de haberlas cosido del todo se corta la tela por debajo, siguiendo el contorno indicado. Para completar el escote del cuello se lleva, segun manifiesta la fig. 10, el escote del canesú sobre la mitad de delante de la camisa. Este escote, más ó menos profundo, depende de la moda y del gusto de cada uno.

Si la pechera no se compra hecha, se procede del modo siguiente:

Como hemos dicho más arriba, no puede tener de ancho total más que de 22 á 28 cents. (de 11 á 14 para cada mitad), y de 30 á 40 de largo. Ahora se llevan muy poco adornadas, y son preferidas casi las lisas, de lienzo muy fino ó batista, con una tira en el centro ó varios plieguecitos á ambos lados. Se forra de lienzo fuerte, poniendo además entre ámbas telas otra de percal (que tambien se pone entre las dos telas del cuello y de los puños). Las tres telas se cosen juntas en el borde de delante con una costura vuelta y luego respunteada. Los ojales se ejecutan á lo ancho en la parte inferior y á lo largo en la superior. Este modo de cruzar los ojales hace que los botones queden firmes sin que puedan salirse.

Los cuellos se ponen postizos ó adheridos á la camisa, segun el gusto ó las necesidades de cada uno.

Aunque las pecheras más de moda son lisas, tambien se llevan bordadas, con pliegues ó bullones.

En particular, las camisas de color, se hacen siempre con pechera lisa; las de caza y de viaje suelen ser de franela con chaleco figurado. Estas difieren de las camisas de vestir, en que en la parte del pecho se quita una tira al hilo para colocar la pechera, que debe ser del mismo ancho que esta. El escote del cuello se determina del modo que siempre, así como el pliegue de la cintura. El chaleco se corta por separado y se cose á la camisa, ajustándole á la cintura con dos tiras y una hebilla que las sujeta atrás.

Las camisas de dormir y de mañana, con hombrillo, se cortan por el mismo patron que las camisas de vestir en lo que concierne á los hombros, la boca-manga y los costados. Como no lleva pechera, se abre por delante, poniéndola una tira respunteada, y desde esta al hombrillo se frunce, pegándose despues el cuello ancho, cortado al hilo y que sirve al mismo tiempo de puño y cuello vuelto. Un cordón de seda con borlas que se pone como una corbata, constituye todo el adorno de la camisa.

Cuellos y puños.

(Véanse las figs. de 13 á 17 del pliego del 2 de Mayo). Los diferentes anchos de las tiras para los cuellos y los puños, están indicados sobre los diversos patrones, con pequeñas líneas provistas de números correspondientes á los anchos que se quieren. De este modo, una vez tomada la medida á la persona, no hay que hacer más que poner el número del centímetro (para la mitad) sobre el número igual del patron, que dará generalmente el 40 para los cuellos y sus tiras y 24 para los puños. Para aumentar ó disminuir el ancho total de un centímetro, se adelantan ó se hacen atrás estos números, sirviéndose para esto de los números aislados 9, 8, 7, etc., hácia atrás, y 1, 2, 3, etc., hácia adelante. Por lo tanto, 9 significa 39, resultando en favor 41 cents. de ancho del cuello. Los puntos intermedios designan cada uno medio centímetro. Si las dimensiones contenidas en el patron no bastasen, se marcará para cada centímetro que se quiera dar de más, medio centímetro, pues el patron nunca da más que la mitad del objeto. Recomendamos á nuestras lectoras que corten cada uno de los patrones necesarios en papel, marcando sobre él con exactitud todas las medidas. Lo mismo que los de las camisas, los de los cuellos y los puños tienen la tela necesaria para el cosido, y deben cortarse exactamente por sus contornos. La camisa, que no lleva cuello, tiene un puño invariable, tanto si cierra por atrás como si cierra por delante: las figuras 15 y 16 del pliego dan su forma, mientras la figura 13 da el modelo un poco diferente de un puño para cuello fijo, así como la fig. 14 lo da para cuello vuelto. Los cuellos altos, que estén fijos ó postizos, requieren siempre el puño fig. 20. Los que están cortados de una pieza cuello y puño, como muestran las figs. 23 y 24, pueden indistintamente ser cosidos ó abotonados.

Para los puños de las mangas se pone la tela doble, triple y á veces cuádruple, siendo su adorno más general un respunte aunque algunos se adornan con un biés

respunteado blanco ó de color. El doble puño (fig. 27 del pliego), que es muy cómodo, se fija por ámbos lados á la tira. Para prepararle, se hilvana la tela de encima sobre la triple, se hacen los dos respuntes á lo largo del centro, que están marcados sobre la misma fig. 27; entre estos respuntes se corta la tela triple, que se dobla á los bordes de cada lado del respunte, de modo que el espacio del centro quede completamente libre. Se toma enseguida el forro, y se reúnen las tres telas con una costura, dejando un lado abierto para volver el puño por el derecho, cuyo lado se cierra despues.

Creemos que estas explicaciones generales serán suficientes para que nuestras lectoras adquieran con perfeccion el útil arte de confeccionar camisas para hombre.

Este bello artículo es debido al autor de *La Caridad evangélica y la filosofía pagana*, D. Antonio María Lopez y Ramajo, y no Ramajos, como por equivocacion se puso en el número 2 del presente mes.

LA MURMURACION.

En el estado de desmoralizacion en que por desgracia se halla hoy constituida la moderna sociedad, nadie, absolutamente nadie, está libre de experimentar los funestos efectos de la murmuracion. Ciertamente para la lengua murmuradora no hay leyes, no hay prescripciones, no hay respetos que guardar; todo lo invade, todo lo atropella; su accion maléfica se extiende á todas las clases de la sociedad. Ni la *santidad* más perfecta, ni la *virtud* más acrisolada, ni la *reputacion* más bien adquirida, están fuera de la jurisdiccion de la *maldita* lengua murmuradora. En efecto: el vicio detestable de la murmuracion, es más terrible que todos los males que pueden afligir á la humanidad. Es un cáncer venenoso que corroe las entrañas de la sociedad; ella concita las pasiones, altera los ánimos, corrompe las costumbres, introduce la discordia en el hogar doméstico, penetra hasta en el mismo santuario, hiere de muerte la honra, la fama y el buen nombre de las personas contra quienes dirige sus dardos venenosos. Qué desgracia! Pero ¿quiénes son por lo comun los murmuradores? Son precisamente esos seres miserables que arrastrando una existencia viciosa y degradada, se lanzan osados á difamar villanamente y sin piedad á sus hermanos para encubrir por este reprobado medio su conducta criminal. Empero mal que les pese, sepan, pues, que la parte sana de la sociedad los *conoce*, los *condena* unánime, y los *rechaza* con indignacion de su seno.

ANTONIO MARÍA LOPEZ Y RAMAJO.

15 Abril 1874.

LA LIBERTAD.

Traducción de Metastasio.

Gracias, Nise, á tus engaños
hoy en libertad me miro;
al fin contento respiro:
Dios tuvo de mí piedad.
De sus amorosos lazos
el alma en soltura siento,
y en este feliz momento
solo sueño libertad.

Amor apagó su fuego,
y ya tranquilo me tienes,
que en mí no encuentras desdenes
para encubrirse el amor.
Ya los colores no pierdo
si tu nombre, Nise, escucho;
si te miro, ya no luto,
ni me late el corazón.

Sueño, mas no te apareces
en mi sueño placentero,
y al despertar, lo primero
tu imagen no el alma ve.
Vivo alegre, y no te busco
si estoy de tí separado;
no siento estando á tu lado,
ni disgusto ni placer.

Describo ya tu hermosura
sin fuerte emocion de amores,
y recuerdo mis errores
sin tenerme que culpar.
No me encontrara confuso
si al pronto venir te viera,
y con mi rival pudiera
de tí muy sereno hablar.

Ayuntamiento de Madrid

Guarda tu mirada altiva
que no me encuentras insano,
pues ya tu desprecio es vano,
y es vano ya tu favor.
Su imperio, Nise, perdieron
sobre mí tus labios rojos,
y ya no saben tus ojos
la via del corazón.

Tú en mi voluntad mandabas,
pero ya ese don perdiste;
si ora estoy alegre ó triste
tú no me lo haces sentir;
pues contigo me disgusta
la selva, el monte y el prado;
en cualquier sitio hallo agrado
como me encuentre sin tí.

Seré contigo sincero;
aun me pareces muy bella,
pero ya no eres aquella
que yo juzgaba sin par.
Y, la verdad no te ofenda,
en tu rostro y en tu aspecto
ora noto algun defecto
que ántes creia beldad.

Al arrancarme la flecha,
Lo confieso sin cuidado,
sentí el pecho destrozado
y pensé que iba á morir;
pero por no verse oprimido,
de la cárcel libertarse,
y á sí mismo conquistarse,
todo se puede sufrir.

Ogido en la red el pájaro,
lucha por salir, se queja,
y en ella las plumas deja,
mas cobra su libertad.
Al poco tiempo, las plumas
que el ave perdió, renueva,
y canta, con esta prueba
ya no se deja apresar.

Tú no creiste apagado
de amor el fuego en mi pecho;
si de ello hablo sin despecho
es porque callar no sé.
Nise, el instinto me obliga
á decirte hoy en mi abono
que yo cual todos razono
sobre el riesgo que pasé.

Despues del combate crudo
cuenta el guerrero sus males,
y le agrada las señales
de sus heridas mostrar.
Así, contento el esclavo,
libre de opresion agena,
muestra la dura cadena
que le hicieron arrastrar.

Hablo, y solamente hablando
satisfacerme procuro,
y de saber no me curo
si me prestas atencion.
No quiero saber tampoco
si hallas mi lógica buena,
ni si irritada ó serena
escuchando estás mi voz.

Pierdo, Nise, una inconstante,
y tú un corazón sincero;
no sé cuál será el primero
que se deba consolar.
No encontrarás en el mundo,
Nise, otro tan fiel amante,
y otra mujer inconstante
es muy fácil encontrar.

TEODORO GUERRERO.

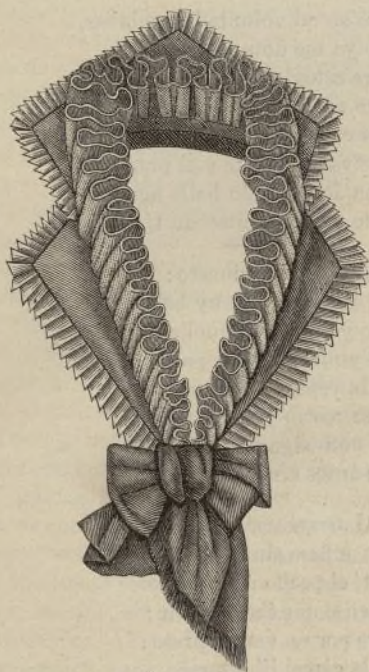
TU DUELO.

A MI QUERIDO AMIGO MARTIN GONZALEZ DEL VALLE.

La brisa va murmurando
quejas al sol, que no brilla,
y van lágrimas surcando
tu mejilla.

Si en la pena, á sus rigores
dudas hallar un consuelo,
vé cuál sonrien las flores;
mira al cielo.

Ellas muestran en su frente
con perlas de la alborada,
el alma dulce, elocuente,
de tu amada.
En su fugaz existencia
verá tu duelo profundo
que una flor que es toda esencia,
no es del mundo.
Allá en la cumbre su aroma



3. Fichú con solapas.

tu pena á endulzar alcanza:
en el cielo siempre asoma
la esperanza.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

LA CIUDAD DE LOS HECHICEROS.

CUENTO FANTÁSTICO DE LAS ORILLAS DEL RHIN.
Traducido del francés

POR
LUTGARDA CAMARGO DE CONTRERAS.
(Continuación).

III.

A la primer campanada de las doce del Con-



5. Adorno de cuerpo y mangas.

vento de franciscanos de Pirmasens, Simon se despertó sobresaltado.

Se encontró de repente, sin poderse dar cuenta, bajo las altas y negruzcas murallas del viejo Monasterio, rodeado por tres monjes, cuyos rostros ocultaban las capuchas. Dos estaban á su espalda; el tercero, de elevada estatura, le precedía, mostrándole silenciosamente con el brazo extendido, el extremo de la



4. Fichú con bieses. (Véase el núm. 9).

calle: Simon la conocía perfectamente: por allí se iba á la Iglesia Luterana. Lo que más extrañó al seguir con su mirada la indicación del monje, fué una gran claridad en medio de la calle, que parecía salir por las ventanas de una casa deshabitada, en otro tiempo hostería.

El monje se puso en marcha, haciéndole seña para que le siguiera.

—Y á dónde vamos? preguntó el músico.

—A la hostería del Aguila-Blanca, respondió el monje.

Al sonido de esta voz, que tenía algo de sepulcral, sintió Simon un estremecimiento en todo su cuerpo... ¿Era un vivo quién acababa de hablar?... Examinando con más aten-



7. Traje con túnica abanico.



9. Jarrón de flores de pluma. (Véanse los núms. 17 á 21).



8. Traje con falda de pouf.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II, 3.

ción al franciscano, oyó un ruido seco, monótono, que salía de su traje gris; pero lo atribuyó al rosario de hueso que pendía de su cordón blanco.

Siguiendo su marcha, notó que los modales y la estatura del monje se parecían á los de D. Pascual, el antiguo prior, que fué despojado de su autoridad y excomulgado por su vida disoluta. Pero el prior de los franciscanos había muerto hacia algunos años...

Sin embargo, tiene su estatura y su modo de andar, pensó Simon, es extraño!

Y preguntó en alta voz:



10. Diadema de terciopelo.

—Qué voy á hacer en el Aguila-Blanca?

—Asistir á la boda de mi ahijada Margarita, la hija de maese Becker, contestó la misma voz hueca y sepulcral.

Simon se detuvo estupefacto. La hija de maese Becker había muerto diez años ántes asesinada por su esposo en un acceso de celos... Decían en el país que el prior no había sido extraño á aquel drama.

El pobre mozo se encontraba cada vez peor: no obstante, aún preguntó:

—Yo creía que la hostería pertenecía á un curtidor de Deux-Ponts, desde que el marido de Margarita desapareció del país.

—Marcha y no hables, Simon!... Se te pagará en Federicos de oro, si sabes hacer bailar á los concurrentes á la boda.



14. Fichú y adorno de vestido de encaje irlandés.



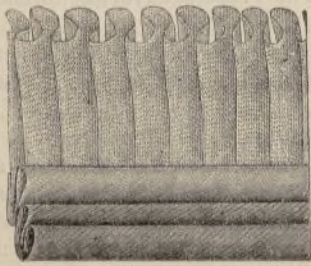
9. Sombrero y fichú de entretiempo. (Véase el núm. 4).



12. Cofia de mañana. (Véase el núm. 13).



13. Cofia de mañana. (Véase el núm. 12).



16. Plegado de tul para el fichú número 15.

—Es extraño!... murmuró de nuevo Simon.

Ya se aproximaban á la antigua hostería, y Simon Toll sentía erizarse sus cabellos. Tuvo ganas de huir, pero vió á sus espaldas los dos monjes que marchaban con el mismo ruido seco, regular, como si fueran movidos por un resorte.

Se resignó á seguir al franciscano: un sudor frío empapaba su frente.

Estaban ante la puerta del Aguila-Blanca. Oyó un confuso murmullo de voces alegres, y se tranquilizó un poco.

—Después de todo, no son muy temibles unas personas que no



11. Frendido para sociedad.

piesan más que en divertirse, dijo para sí.

Penetró en la casa seguido del monje, y se halló en una vasta sala profusamente iluminada, donde había una numerosa y alegre reunión. Hombres y mujeres estaban adornados lujosamente: las flores abundaban en las jofenas.

Cuando apareció con su violín.

—Ya está aquí! ya está aquí! gritaron todos, rodeando á Simon.

—Sed bien venido! decían unos.

—Salud á Simon Toll! repitieron otros.

Todos le mostraban una amable sonrisa y un rostro benigno, pero él no conocía á ninguno.

—Puede que sea el curtidor



15. Escote y mangas para traje de sociedad. (Véase el núm. 13).

de Deux-Ponts, que haya venido con sus parientes á inaugurar su nueva habitacion, decia para sí. Pero, y los monges?

Se volvió, ya no estaban allí... Los jóvenes empezaron á gritar:

—El violin! el violin! Un wals, Simon! Toca un wals!..

Y le indicaron una especie de estrado para sentarse.

—Vamos, decia mientras templaba su instrumento, esta gente solo piensa en divertirse... Démosle gusto, para eso me han prometido pagarme en federicos de oro.

Preludió con algunos golpes de arco dados con maestría y gracia, que encantaron al auditorio. Varias voces exclamaron:

—Bravo, Simon Toll, bravo!.. Tú serás un gran artista.

—Pero tendrá necesidad de refrescar, observó una joven.

—Mister Becker, dadle un vaso de *Forst*, esto le dará fuerzas.

Simon dilató sus ojos extraviados al ver atravesar por la multitud al difunto hostalero del Aguila-Blanca en persona, y á su hija Margarita, cubierta con el rico traje de desposada. Esta se acercó sonriente; llevaba en su mano una bandeja de plata y un gran vaso del más puro cristal, donde brillaba un dorado matiz, el renombrado vino del Palatinado.

—Bebed por mi felicidad futura, buen Simon, djóle con dulzura.

Simon vaciló; tembláronle las rodillas: todas sus dudas renacian.

—Decididamente no es el curtidor y sus convidados. Hé ahí á Becker con su linda hija Margarita, tal como los he visto en mi juventud, qué extraño es esto!

La joven puso el vaso en sus manos, tocándole ligeramente con las suyas, tibias y suaves.

Una mirada tierna, suplicante, la angélica sonrisa que la acompañaba, y las miradas de la reunion dirigidas á él, lo alentaron de un modo tal, que haciendo un supremo esfuerzo, llevó la copa á sus labios, vaciando de un trago el excelente licor que contenia.

La campana del convento dió las doce y cuarto de la noche.

En el mismo instante sintió Simon que un fuego desconocido circulaba por sus venas. La inspiracion vino como el rayo; fué una señal dada á la reunion, cuyo rumor se hizo más alegre, más animado. Las luces brillaron con más fuerza, y empezó el wals elegante, cadencioso.

En tanto que tocaba Simon, recorria con sus miradas la sala. La mayor parte de los convidados solo pensaban en el placer de la danza. Sin embargo, parecíale ver en diferentes puntos hablar en voz baja á algunas personas, y de cuando en cuando mirarlo á hurtadillas. Contó así más de una docena, cuyas facciones le llegaron á ser familiares, recordando entonces haberlos conocido en otro tiempo.

Junto á una ventana veíase al viejo zapatero Stieffel, que en vida solo pensaba enriquecerse á espensas de sus obreros, maltratándolos cuando se atrevian á reclamarle el justo salario.

A su lado á Catalina Pracht, coqueteando con sus brillantes adornos: esta buena mujer, por pasion al lujo, abandonó á sus hijos, huyendo del país con un italiano.

En el buffet, cargado de manjares fiambres y jarros de plata llenos de vino, estaba sentado Hans de Veinan, el bebedor más nombrado de su tiempo: las continuas orgías lo llevaron á una muerte precoz.

Cerca de él se balanceaba Enrique de Frauentod, que degollaba á cuantas mujeres habia seducido. Al lado de este, con las espesas cejas fruncidas y la frente arrugada, se destacaba sentado Karl Zorn, que en un acceso de cólera mató á su hermano de una puñalada.

Más allá Miguel Degembart, el famoso duelista, el espadachin; se retorcia el bigote con una mano, acariciando con la otra el puño de su espada.

En un rincon, ante una mesa de juego, Conrado Spiel hacia saltar con el dorso de su mano dados falsos, discutiendo sobre el azar del próximo sorteo de la lotería de Francfort con el calvo Wucher, un usurero que arruinó millares de familias.

Geldlieb, el avaro, muerto de hambre sobre un saco de reichsthaler (escudos), los escuchaba, sin apercibir que el raquítico Franz Dieb le sacaba un ducado falso del bolsillo de su vieja hopalanda.

Mucho tiempo hacia que habian muerto todos; pero Simon no tembló ya. El excelente Forst habia operado este milagro.

El wals continuaba.

La campana del convento dió las doce y media.

En la sala se operó una revolucion. Todo el aspecto de

la fiesta cambió: las luces palidecieron, las guirnalda de flores que pendian en festones de las ventanas, extendiéndose á lo largo de las cornisas se marchitaron, las cortinas tomaron una forma extraña, moviéndose lentamente y desapareciendo sus colores. La sala se revistió de un tinte gris, mate y uniforme... era una de esas metamorfosis que experimentan los objetos cuando se sumergen en las aguas petrificantes de Saint-Allyre. Los muebles, los dinteles de las ventanas perdieron su relieve, y hasta las paredes parecian diáfnas.

Al mismo tiempo el rostro de los concurrentes se tornó cadavérico, sucediendo al alegre murmullo de una fiesta, un rumor alarmante, una gritería desagradable, insípida, fatigosa, dominada por risas estridentes, semejantes al áspero ruido de la carraca.

Estas risas venian de los conocidos de Simon, que se habian aproximado á él, rodeando el estrado que le servia de orquesta.

Los aparecidos lanzábanle miradas y gestos diabólicos.

El wals no se detenía; la masa gris se agitaba delirante, desmelenada en frenético remolino, y el arco del músico corria flexible sobre las temblorosas cuerdas del violin, cuya prima tenia á veces vibraciones tan agudas, que los cidos de un mortal no podian sufrir. El violinista sentia en la mano derecha una fuerza mágica, y en los cuatro dedos de la izquierda, que voltigeaban sobre la embocadura de ébano, una admirable suavidad.

(Se continuará).

EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMEBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuacion).

—¿Cómo, exclamó con verdadero asombro, sabe V. que esa mujer ha osado arrebatarla su tesoro, y no experimenta hácia ella ni despecho ni odio?

—Qué es odio? murmuró la joven en voz baja, yo no sé que sentimiento es ese.

—Diga V. que tampoco sabe lo que es amor! exclamó Simeon.

Agueda levantó vivamente la cabeza, y le miró con una expresion tal, que bien revelaba cuán engañado estaba al formular semejante juicio.

—No, V. no sabe lo que es amor, repuso Simeon; el que ama y se ve burlado, aspira á la venganza. ¡No cede, no transige, no perdona! Muere ántes que renunciar al objeto que codician sus deseos, ó anonada á este mismo querido objeto ántes que permitir que otro lo posea. No, no: V. no sabe lo que es amor, V. no sabe lo que son celos: amor y celos, que ponian la daga vengadora en las manos de Otello para traspasar el pecho de Desdémón.

Y la venganza está en su mano de V. ¿No la adora á V. su padre? ¡No es V. el único sér que le hace amable la existencia en medio de sus preocupaciones cotidianas? ¡Está V. dando abrigo en su seno á la serpiente que debe roerla el pecho!

Haga V. que su padre la arroje ignominiosamente de la Fábrica, á ella y á su familia; y así, desprestigiada á los ojos de Clotilde, que cree socorrer á la desgracia y alienta á la ambicion calculadora y egoista, ya no será para V. una rival temible.

Detúvose Simeon esperando una palabra de asentimiento; pero Agueda, aterrada con aquellos violentos extremos, tan opuestos á la dulzura de su carácter, temblaba como las primeras hojas del árbol azotadas por el cierzo.

—Esa mujer, por cálculo y por egoismo, prosiguió el implacable tentador, ha venido á arrebatarle un corazón que era completamente suyo. La amaba á V. desde su infancia; primero con el dulcísimo afecto de hermano, despues con el afecto más dulce todavía de prometido esposo. Para V. la vida no tenia más que sonrisas, ahora solo tiene lágrimas: quién ha hecho brotar esas lágrimas? ¡quién ha trocado los alegres cantos en suspiros, las flores en espinas?

No hace mucho que se apoyaba V. sobre el brazo de Gabriel risueña y confiada, y eran tan acordes los latidos de su corazón de V. con el suyo, que formaban un único latido.

Y hé aquí que aparece esa mujer; hé aquí que se interpone entre ámbos esa mujer, y el ara nupcial se derumba y se apaga la antorcha de himeneo!..

Agueda, Dios quiere que defendamos el bien que nos ha otorgado: mostraríamos despreciar sus altos dones si los abandonásemos al acaso sin oponer resistencia!..

—Déjeme V., murmuró Agueda destrozada por el dolor; no sé odiar, no sé vengarme... Solo sé morir y moriré, si Gabriel me retira su ternura!..

¿Cómo se habia apoderado Simeon del secreto de la

inocente joven? ¿Cómo le hacia aquella confesion, que quizás no se habia atrevido á hacer ni aún á su madre? Aunque solo hacia tres meses que frecuentaba la casa, Simeon le habia sorprendido como sorprende el gavilán á la tímida paloma, deseoso de hacerla instrumento de sus planes.

—Y qué? prosiguió con punzante ironía, ceñirá esa mujer la blanca corona de azahar que estaba destinada á ceñir sus sienes? ¡Recibirá esa mujer delante de los altares ese dulce título de esposa que á V. estaba reservado; se reclinará ella sobre la cuna, al borde de la cual V. debía velar el sueño de un ángel adorado!..

—Basta, basta! exclamó Agueda, enderezándose pálida como un espectro.

No pudo decir más; se llevó ambas manos al corazón como si se sintiese herida de muerte, exhaló un gemido doloroso, y cayó desmayada sobre la silla.

Guardóse muy bien Simeon de pedir socorro, seguro de que la joven no divulgaría el secreto de su entrevista, y deslizándose silenciosamente hasta la trastienda, penetró en un cuarto contiguo á esta que daba al patio.

Allí, al reflejo de una luz dudosa, sentado delante de un escritorio que parecia contemporáneo de Noé, un hombrecillo de escasos cabellos blancos y faz apegaminada, trazaba algunas cifras sobre un inmenso infolio, que era su libro de cuenta.

Al rededor del libro se alzaban varias pilas de monedas, artísticamente colocadas, pero no bien aquel extraño personaje sintió el ruido de la puerta, colocó sobre ellas su pañuelo.

Luego examinó con desconfianza al que así penetraba sin ceremonias en su misterioso santuario; se puso las manos sobre los ojos para recojer la luz, y reconociendo por fin á Simeon, pareció tranquilizarse.

Levantóse dando traspies, tan entumecido estaba, y ofreció una silla al recién venido, no sin colocar ántes un peso sobre el pañuelo, para que cualquiera accidente no pusiera de manifiesto lo que con tal ahinco recataba.

Habian cambiado apenas los primeros saludos, cuando se abrió la puerta con violencia, y una mujer de mediana edad entró con ademan azorado.

—Jerónimo, dijo, nuestra hija se ha puesto mala. Acabo de hallarla desmayada. ¿Quiéres que envíe por el médico?

—Se ha puesto mala! exclamó el viejecillo con verdadero espanto. Pobrecilla! Ya se ve! ¡Ha querido bajar tan temprano á la tienda!.. Pero el médico, ¡qué diantres! añadió rascándose la oreja. Nada, nada, haces que se acueste, y la das una taza de tila bien caliente y con poco azúcar, que el azúcar solo sirve para ensuciar el estómago. Dila que venga ántes de acostarse. ¡Pobrecilla, pobrecilla!

Levantóse de nuevo, se dirigió á la puerta, y llamó á Agueda, repuesta ya de su desmayo, pero que permanecía aún sentada en actitud dolorosa.

—Acuéstate, hijita, acuéstate, dijo, imprimiendo sus labios en la frente de la joven; abrigate bien los piés, y toma una taza de tila calentita. ¡Verás que bien te sienta! Anda, Sabina, cuidala; no tenemos en el mundo más tesoro que este dije!

—Si viniera el médico!.. insistió tímidamente Sabina.

—Qué más médico que nuestro amor y nuestros cuidados, replicó Jerónimo.

Sabina dió el brazo á su hija, y se alejó con ella, mientras el viejecillo, sentándose otra vez delante de su escritorio, dijo á Simeon con aire satisfecho:

—Ahora los negocios!

VII.

UN CONGRESO DE COMADRES.

Jerónimo, ó D. Jerónimo, como le llamaban respetuosamente los vecinos de su barrio, era mucho más rico de lo que aparentaban aquella tienda lóbrega y aquel ajuar mezquino. Era, segun se murmuraba en voz baja, millonario, debiéndolo á una pingüe herencia que la fortuna habia traído á sus manos de un modo inesperado y casi milagroso.

Y he aquí lo que de público se referia acerca de esta herencia, que habia venido á sorprenderle agradablemente, cuando más ajeno se hallaba de pensar en ella.

D. Jerónimo Rodríguez habia sucedido á su padre en aquella antigua tienda de curtidos y objetos de viaje, tienda súmamente acreditada por la buena calidad de los materiales que se expendian, y por la fama de estricta honradez de que gozaban sus dueños.

En sus primitivos tiempos, cuando el lujo no habia tomado tanto vuelo, aquella tienda era una de tantas por su aspecto, y afluían á ella en tropel los parroquianos, sin reparar si estaba decorada ó no con grandes espejos y anaquelaría de ébano incrustada de oro.

Merced á su comercio y la prudente economía de su esposa, D. Jerónimo iba prosperando sin que la codicia

conturbase su alma, ni calcinasen su mente los cálculos positivos.

Vivia contento con su estado, y esta satisfacción interior se reflejaba en su carácter alegre y afectuoso.

Todavía no había visto escrito en las blancas paredes de su alcoba ese fatídico *más*, que es el *Mane tezel phares* que pesa sobre la sociedad moderna, prosternada ante el *becerro de oro* y esclava de sus caprichos.

Su familia disfrutaba de una modesta holgura y vestía con decencia. Su hija, aquella misma Agueda, de ojos azules y blondos cabellos, trabajaba de día junto á su madre, ocupándose en los quehaceres de la casa; pero cuando por la noche salía á la calle á jugar con otras niñas, ostentaba juguetes que causaban la envidia de sus inocentes compañeras.

Tampoco carecían de apacibles goces. Los domingos iban á una casita de campo que poseían en Carabanchel. Cuatro paredes blancas, que contenían algunas celditas limpias y aseadas, y un jardincillo lleno de flores perfumadas. Allí pasaba el día la venturosa familia en compañía de alguna otra familia vecina, riendo, jugando y disfrutando de un frugal banquete, que los alegres comensales saboreaban con todo el apetito que prestan el ejercicio, el aire del campo y la paz de la conciencia.

Cuando la semana había sido buena, también iban al teatro á ver alguna comedia que llamase la atención.

Pero todo esto cambió de repente en una mañana, que á la suerte solo le basta un punto para transformar nuestro destino.

Nunca olvidaba D. Jerónimo, nunca olvidaba su mujer Sabina, aquella lúgubre mañana de Diciembre en que él estaba leyendo el *Diario de Avisos* sentado detrás del mostrador, en que ella cosía en la trastienda al lado de su hija.

La lluvia azotaba los cristales de la puerta, el cierzo silbaba con siniestro rumor por las rendijas.

Era sábado.

—Mal día nos espera mañana! había dicho Sabina suspirando.

—No hay sabadito sin sol, ni muchacha sin amor! respondió alegremente Agueda, que apenas contaría nueve años.

—Y si hace mal tiempo, nada se pierde con esperar, respondió D. Jerónimo. Cuanto más se economiza el placer, de más encantos se reviste.

—Jugaré en casa, dijo Agueda, y enseñaré mis muñecas á Plácida y á Clarita. ¡También bajará Gabriel, y nos enseñará sus estampas nuevas!

En aquel instante se abrió con estrépito la puerta de la tienda, y entró un caballero vestido de negro.

—Se llama V. D. Jerónimo Rodríguez? preguntó encarándose con él.

—Sí, señor; respondió el tendero; qué se ofrece?

—En primer lugar darle á V. la enhorabuena, y luego ofrecerle mis servicios.

—No comprendo.

—No es V. sobrino en segundo grado de doña Ruperta Rodríguez, rica hacendada de Inestrilla?

—Sí, señor.

—Ha muerto!

—Pues hombre! Si debía tener más años que Matusalén!

—Pues tanto mejor para que se haya muerto.

—Así es en efecto. Yo no la conocía; pero he oído decir que era muy vana, muy imperiosa. En mi familia nadie la veía con buenos ojos.

—Pues ahora debe V. bendecirla, respondió el desconocido sonriendo, aunque no sea más que por la pingüe herencia que le deja.

—Herencia! exclamó D. Jerónimo con verdadero asombro. Está V. en su juicio? Pues si mi tía tenía un hijo, y según me dijeron gentes de allá, este se había casado, y á su vez era padre de un hermoso chiquitín ó chiquitina, que no sé bien cuál era el sexo á que pertenecía.

—Es verdad: pero el hijo de doña Ruperta ha muerto también, según se supone con harta fundamento, y ahora resulta que su viuda no tiene derecho á nada.

—Hombre, no lo entiendo!

—Pues yo se lo explicaré en dos palabras. Es que no aparece su partida de casamiento ni la de bautismo de los niños, y como los tribunales solo entienden de documentos auténticos, no reconocen sus derechos.

Para comprender el enigma que tanto asombraba á don Jerónimo, es preciso saber lo que había sucedido en Inestrilla, y particularmente en la casa de su tía.

El suceso misterioso traía un origen muy remoto, y he aquí como lo referían las doctas comadres de aquel pueblo.

El tío Salustio, antiguo arrendatario de doña Ruperta, tenía una hija que era su orgullo y la admiración de cuantos la conocían.

Era tan bella como modesta, y tan modesta como bue-

na: era casi imposible hallar un conjunto más perfecto de gracias y virtudes.

Se llamaba Isabel, aunque muchos la llamaban el Sol de Inestrillas, y era tan grande la fama de su hermosura, que todos los jóvenes comarcanos acudían al pueblo los domingos, solo por el deseo de verla cuando iba á misa y obtener una mirada de sus ojos.

Pero en vano ponían enramadas en la reja de su ventana, en vano la daban música con sus guitarras cuando el sol se escondía detrás de los altos montes, y la luna venía á gobernar el universo. Isabel no hacía caso de flores ni serenatas. Solo pensaba en cuidar á sus padres, en remendar los trajes de sus dos hermanos menores, en amasar harina para hacer tortas deliciosas, ó en coger frutas de los árboles para hacer conservas, que nadie sabía preparar como ella. También pensaba en ir á la iglesia y rezar devotamente delante del altar de la virgen de la Esperanza.

Su carácter era dulce y apacible, al par que una perfecta bondad, resplandecía en su rostro de ángel, el gozo santo de un alma pura y satisfecha de sí misma.

Sin embargo, su carácter cambió de repente. Se volvió triste y meditabunda. En qué consistía esto?

Sus amigas observaron que iba más temprano á la iglesia y salía después que todas. Observaron que se ponía con más esmero su pañuelito de crespon al cuello y su manto negro en la cabeza.

Después de estas observaciones, hicieron otras más punzantes y amargas para ellas.

Observaron que Mauro, el hijo único de doña Ruperta, el señorito del lugar, como le llamaban generalmente, también iba el primero á la iglesia y salía el último. Que se colocaba en un confesonario que había junto al altar de la virgen de la Esperanza, y que movía sus labios al mismo tiempo que Isabel, prueba evidente de que ambos juntaban sus oraciones y acaso rogaban á Dios por el mismo objeto.

Puestas ya las envidiosas en el camino de las observaciones, no se detuvieron tan pronto.

Andando el tiempo, observaron que Mauro salía precipitadamente de la iglesia así que Isabel cerraba su libro de oraciones, y que deteniéndose junto á la pila del agua bendita, se la ofrecía cuando pasaba.

Durante días, meses y aún años, las envidiosas no pudieron observar más que esto.

Pero llegó un día en que vieron más. Llegó un día en que Mauro habló á Isabel en voz baja, y en que esta le contestó ruborizándose. Desde aquel día la habló todos los días.

Y como todo quiere empezar, pronto no se contentó con hablarla furtivamente en la iglesia, sino que la acompañó hasta un garbanzal que se extendía junto á la modesta vivienda de la joven.

Los argos reconcentraron toda su alma en los ojos, y vieron otras muchas cosas, aunque todas honestas é inocentes.

Vieron que al paso que Isabel se adornaba con una coquetería extraña en la sencillez de sus costumbres, y que el gozo resplandecía en su rostro, se negaba á ir al baile los domingos por la tarde ó á paseo con sus amigas, tapiando sin cesar puertas y ventanas, para que los mozos del pueblo no pudieran atisbarla, conducta sospechosa en quien nunca había hecho alarde de meterse monja.

Vieron también que redoblaba su afán por el cuidado doméstico y que crecían sus atenciones hacia sus padres y sus hermanos, como si cifrase en ellos toda su ventura.

Cuando se hubieron convencido bien de la exactitud de estos detalles, indicios ciertos de que no se trataba de amorcillos pasajeros, porque eso sí, las comadres eran muy concienzudas é incapaces de levantar un falso testimonio, tuvieron un congreso, como ahora se diría, y después de muchas sesiones tumultuosas y acaloradísimos debates, nombraron una respetable comisión de su seno para que fuese á poner fuego á la mina.

Era el caso que doña Ruperta, madre del joven, era una mujer altanera, avara y dominante. Orgullosa por su nacimiento, pues sus antepasados habían sido señores feudales de aquel pueblo; orgullosa porque habitaba en un antiguo y destartado caserón situado en la cúspide de una colina que había sido antes castillo, y al que á la sazón se daba pomposamente el título de palacio; orgullosa, en fin, porque poseía vastos campos, extensos viñedos, bosques dilatados, inmensas dehesas, y lo que es mejor que todo esto, muchos arcones llenos de barras de oro y plata y piedras preciosas, traídas por un tío suyo de América, se consideraba superior á una reina y miraba á todo el mundo con el más soberano menosprecio.

Solo el señor cura podía jactarse de haber obtenido un saludo de sus labios: cuando pasaba junto á los demás

habitantes del pueblo, fuesen estos quienes fueran, movía magestuosamente la cabeza de un lado al otro con un aire tan significativo, que bien equivalía á que hubiese pronunciado en voz alta: ¡camalla vil, te desprecio!

(Se continuará.)

Soluciones nuevamente recibidas de la charada *Cafetera*, inserta en el núm. 15 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Abril, por las Stas. doña Aurea Cibeira, de Carballino; doña Ignacia Trabado, de Villafila; doña Gumersinda Amores, de Valencia, y doña Trinidad Gonzalez, de Toledo.

Soluciones á la charada inserta en el núm. 17 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Mayo, por las señoritas doña Enriqueta Rodriguez, de Sevilla; doña Cándida Alonso, de Tarancon; doña Aurea Cibeira, de Carballino; doña Ignacia Trabado, de Villafila; doña Gertrudis Mon, de Santander; doña Eulalia San Juan, de Pontevedra; doña Inocenta Sanchez, de Badajoz; doña Tomasa Alvarez, de Cienfuegos; doña Carolina Mateo, de Barcelona, y los Sres. D. Antonio Lopez y Ramajo, de Madrid, y D. Evaristo Gonzalez, de Madrid.

TIBURON.

LOGOGRIFO

dedicado al entendido charadista D. Antonio Lopez y Ramajo.

De la Emperatriz obscena,
cuyo lujo y cuyo amor
con caracteres sangrientos
Juvenal nos describió,
en diversos caracteres
analizar pienso yo,
lo que del nombre las letras
muestran en combinacion.
Desde luego advertiremos
lo que natura otorgó
á cuantas aves habitan
de los aires la region;
de una santa madre el nombre
que á santa madre engendró;
de los seres de la tierra
una grande division;
si bien de muchos humanos
epíteto es de rigor;
otro nombre de mujer;
la que su leche nos dió;
el fin de las oraciones;
planta de grato sabor;
de la historia guardadores;
de vasija agarrador;
esa invisible sustancia
de que *Dios* nos animó;
de torres y de castillos
punto fuerte de agresion;
del pecho grave dolencia
que va á la respiracion;
de santo Profeta el nombre,
y de animal el vellon.
Cuanto llevo dicho es poco,
restando aún lo mejor,
que ser más corto no puedo
si nada he de omitir yo.
Y siguiendo mi tarea
de fiel analizador,
la marca ó seña hallaré
que á verso ó proposicion
es costumbre anteponer,
aunque no es muy de rigor;
en la geométrica ciencia;
de puntos continuacion;
á un tiempo sabrosa fruta
é instrumento corroedor;
de Bélgica una ciudad;
el manjar que alimentó
á *Israel* en el desierto;
tema de imaginacion;
el mueble más necesario;
de harina composicion;
apellido celebrado
de antiguo *vate* español;
el que las abejas forman
dulce y espeso licor;
famosa ciudad de Italia,
subterráneo conductor
que tanto al agua acarrea
como al fuego abrasador;
sacrificio religioso
en alabanza de *Dios*;
el daño que se recibe;
modo de comparacion;
número centesimal;
guerrero batallador
de la villa de los Césares;
y por fin y conclusion,
de Francia río y ciudad,
sustancia de ágrío sabor;
y otras mil combinaciones
que es cansado su tenor,
pues bastan las referidas
para hallar la Solucion.

A. B. C.

SECRETOS DEL TOCADOR.

AGUA DE BELLEZA.

Siete litros de agua corriente con cuatro de agua de rosas de primera calidad cuatro octavas partes de bálsamo de Tolú, dos de bálsamo del Perú y otro tanto de benjoin. Muévase bien esta mezcla y guárdese tapada herméticamente. Es preciso sacudir mucho el frasco siempre que se quiera hacer uso de ella.

**

LECHE DE ROSAS.

120 gramos de potasa, 120 de agua de rosas, 60 gramos de aguardiente puro (ó 30 de alcohol), 60 gramos de zumo de limón; todo esto en un litro y medio de agua muy pura. Se echan dos cucharadas de esta composición en el agua al tiempo de lavarse la cara.

PERFUMES.

Es muy fácil preparar por sí mismos los perfumes que se prefieren. Se toman pétalos de rosa, de jazmín ó de violetas; se pone en un tarro de vidrio una capa de los pétalos elegidos, alternando con otro de azúcar en polvo hasta que se llena el tarro; entónces se le tapa herméticamente y se le deja al sol por espacio de ocho días. Pasados estos se echa su contenido en un pedazo de franela, se esprime y se distribuye el jugo en los frasquitos.

Se ha puesto á la venta en las principales librerías el tomo tercero de la colección de las obras de D. Ventura Ruiz Aguilera, que con justicia están llamando la atención de los cultivadores de las letras patrias, y que comprende las *Sátiras*, *La Arcadia moderna*, *Grandezas de los pequeños*, *Epigramas y letrillas*, *Várias*, *Fábulas y Moralejas*, poesías la mayor parte inéditas y no coleccionadas hasta ahora, y cuyo precio es 18 rs. en Madrid y 20 en provincias.

Como en uno de nuestros próximos números pensamos ocuparnos detenidamente y como se merece de esta notabilísima producción, solo diremos por hoy á nuestros lectores que se la recomendamos en todos conceptos, pues es muy digna de ocupar un puesto distinguido en las bibliotecas tanto de los literatos como de los amantes de lo bueno y de lo bello.

**

También hemos recibido una preciosa colección de poesías, que su autor D. Teodosio Vesteiro Torres titula modestamente *Versos*, y que están destinadas á llamar la atención pú-



17. Flores de pluma. Rosa de musgo. (Véanse los núms. 18 á 21).



19. Tres tamaños el exterior

de pétalos para de la rosa.

18. Dos pétalos para el interior de la rosa.

20. Musgo para el capullo.

21. Centro del capullo.

blica, aún en esta época en que la imaginación, distraída por tantos y tan diversos acontecimientos, no se fija en nada. Nuestras lectoras ya han tenido ocasión de admirar sus bellas producciones, y juzgarán por ellas cuán justos son los elogios y los plácemes que nos apresuramos á tributarle augurándole un éxito sumamente lisonjero.

**

En la Exposición se han recibido ya 619 bultos remitidos por 150 expositores de Barcelona. Hemos visitado los salones del pabellón de Indo, y hemos admirado, no solo las preciosidades que encierra, sino también el arte con que se colocan ordenadamente la multitud de objetos que han ingresado en aquel local. En esta ocasión quedará demostrada la necesidad que tiene Madrid de un edificio apropiado á las grandes exposiciones.

Explicación del Figurin 1122.

FIG. 1.^a — *Traje para recibir.* — Delantero de la falda de tafetan rosa, bullonado á lo largo y perfilados los bullones con pasamanería de azabache negro. Chaleco igual. Túnica-manto abierta por delante de faya negra, guarnecida alrededor con una ruche ribeteada de tafetan rosa. El pouf está sostenido por cinturón y lazo de moiré.

FIG. 2.^a — *Traje para niña de 8 á 10 años.* — Vestido de faya Habana guarnecida con picos, biejes y botones de faya de tono más claro. Cinturón de moiré azul con cuatro caídas desfiladas. Botitas de raso Habana y medias azules.

FIG. 3.^a — *Traje de visitas.* — Vestido de sedalina gris, adornados los paños de delante con tres grupos colocados á 5 cents. de distancia el uno del otro, y compuestos cada uno de tres anchos biejes de faya ó terciopelo gris de tono más oscuro, y una tira picada y adornada de azabache. La polonesa ó túnica está orillada con una ancha banda ondeada de faya ó terciopelo gris, y vuelta en grandes solapas bordadas de azabache. Chaleco figurado con la misma banda ondeada, y botones á ambos lados.

ancha banda ondeada de faya ó terciopelo gris, y vuelta en grandes solapas bordadas de azabache. Chaleco figurado con la misma banda ondeada, y botones á ambos lados.



22 y 23. Traje con mantilla presentado por delante y por detrás.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a y 4.^a Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO y el pliego de dibujos para bordados.

Administración: Plaza de Prim, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, Dr. Fouquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.

Ayuntamiento de Madrid

CORREO DE LA MODA.

18 de Mayo de 1874.

DERECHO.

Modo de tomar las medidas para cortar camisas de hombre.
Escuadra, centímetro y tijera.

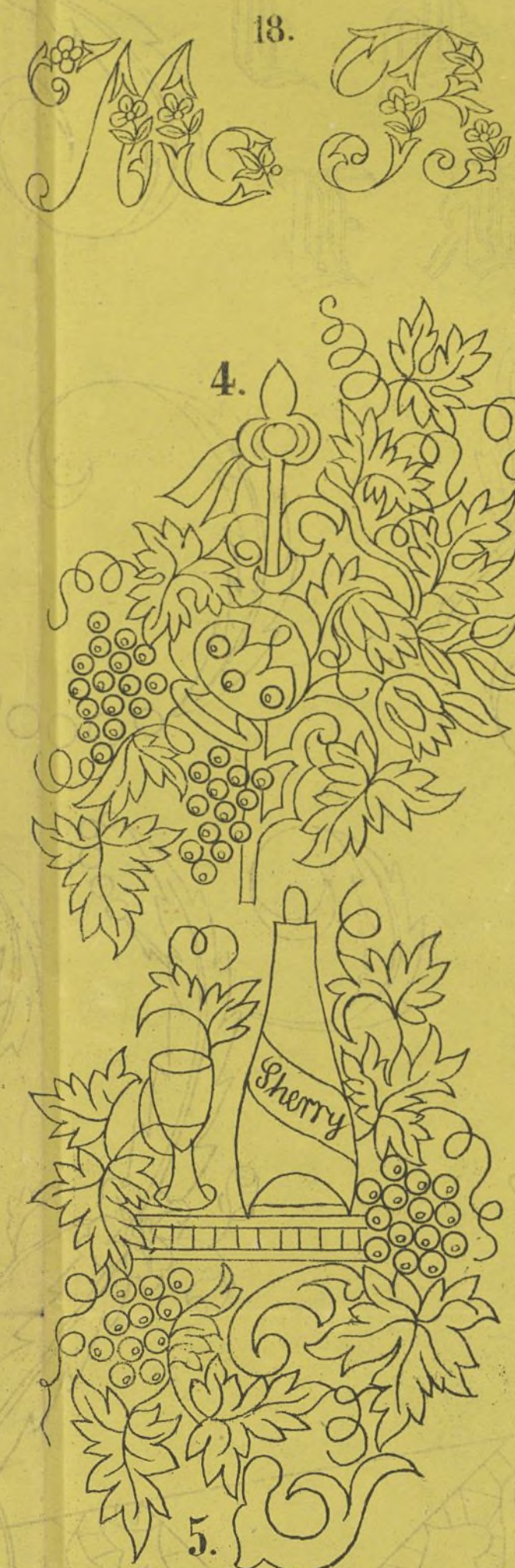
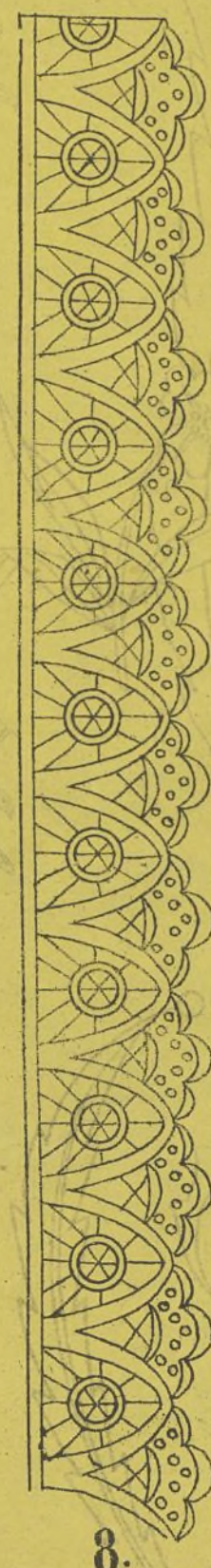
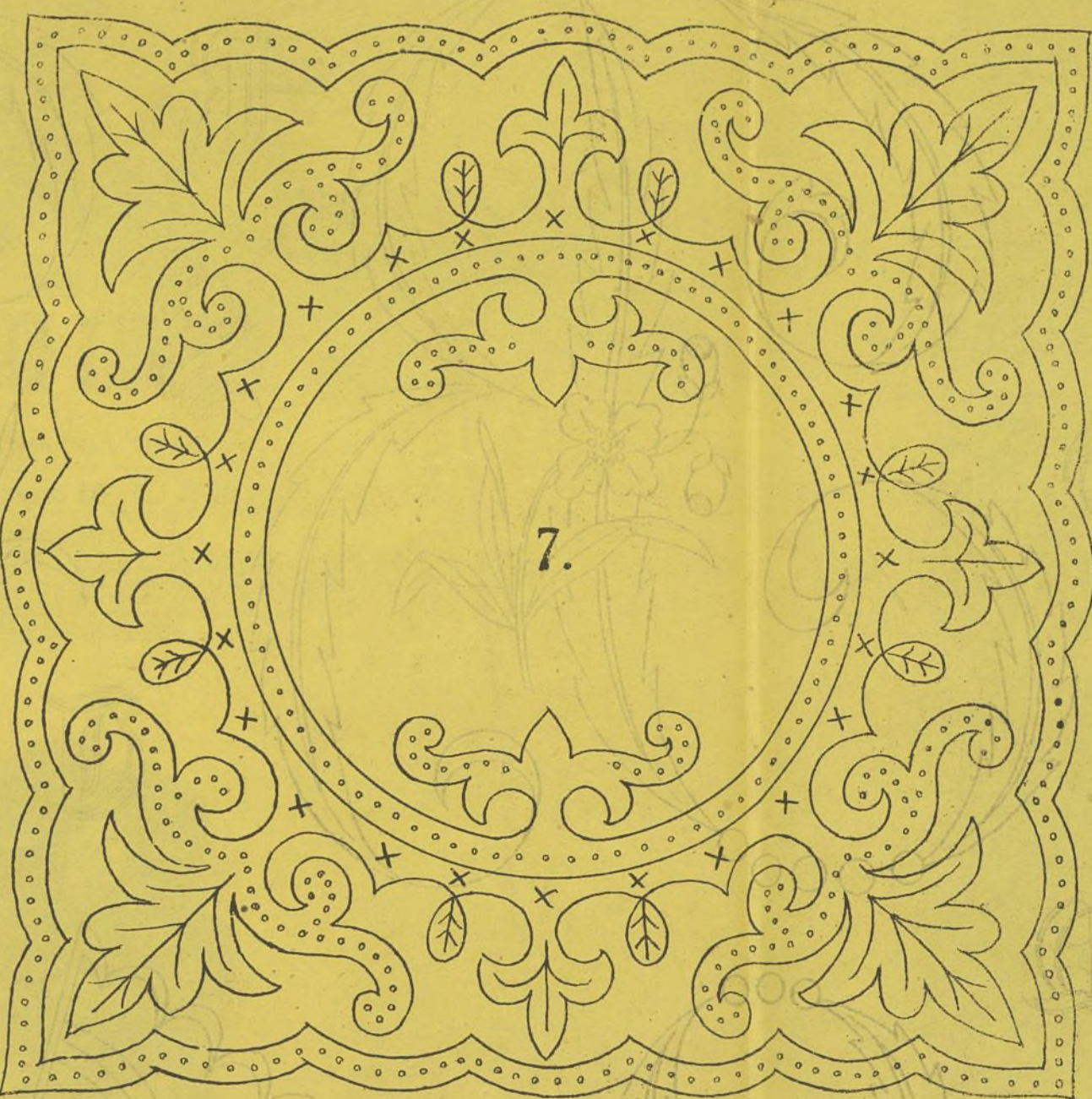
Las medidas deben tomarse exactas, ni más anchas ni más ajustadas, anotándolas en seguida enteras.
1.ª medida.—*Ancho del pecho.* Se toma como para la medida del ancho superior del cuerpo para un traje de señora. Se rodea la espalda, haciéndola pasar por debajo de los brazos para reunirla en el medio del pecho. (Véase figs. 1 y 2.)
2.ª medida.—*Grueso del cuello.* Se pone la medida plana, alrededor del cuello, ni muy arriba ni muy ancha ni muy ajustada. (Véase fig. 1.)
3.ª medida.—*Largo de la pechera.* Desde el cuello hasta la cintura. (Véase fig. 1.)
4.ª medida.—*Ancho de la espalda.* Desde un hombro al otro fijando el metro en el centro. (Véase fig. 3.) Esta medida se continúa como se ve en la misma figura, de este modo.
5.ª medida.—*Largo de la manga.* Desde el hombro, doblando el brazo para que sobresalga el codo, hasta el puño. Estas dos medidas tomadas juntas dan sin embargo los dos largos separados, que se anotan también por separado. (Véase fig. 3.)
6.ª medida.—*Largo del brazo.* Desde el puño del cuello hasta el extremo inferior. (Véase fig. 2.)
7.ª medida.—*Ancho del hombro.* Se pone el metro como indica la figura 2. El hombro no puede tener más de cuatro centímetros de ancho en la parte de atrás. Se cuentan generalmente $\frac{1}{4}$ centímetros de anchura para delante y $\frac{1}{4}$ centímetros para atrás.
8.ª medida.—*Ancho del puño.* Se pone el metro alrededor de la muñeca, dándole cuatro o cinco centímetros más de lo que arroje la medida. (Véase fig. 3.)
9.ª medida.—*Ancho superior del puño.* Se coloca el metro alrededor de la mano, doblando el pulgar hacia la palma, de modo que rodee la mano en su parte más abultada. (Véase fig. 3.)

Explicación de los dibujos para bordados.

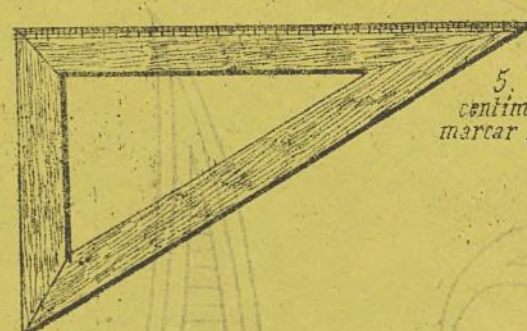
Núm. 1.—Cenefa para sábanas y almohadas, bordada al pasado y punto de armas.
Núm. 2.—Medallón para sábanas, bordado á la inglesa.
Núm. 3.—Bano bordado al pasado para el centro del embozo de las sábanas. Las iniciales pequeñas se bordean sobre la cinta que lo atraviesa.
Núms. 4 y 5.—Ramos bordados al pasado para adornar petacas o cualquiera otro objeto destinado á un caballero.
Núm. 6.—Medallón para sábanas, bordado á la inglesa.
Núm. 7.—Cubierta para acortio, cordoncillo y calados.
Núm. 8.—Cenefa de encaje veneciano.
Núms. 9 y 10.—Cenefa y entredos para guarnecer chambres y camisas.
Núm. 11.—Escudo para pañuelo, plumetis y cordoncillo.
Núm. 12.—Esquina de pañuelo rico; plumetis, punto de pluma, punto de armas y calados.
Núm. 13.—Cifra con corona para mantiles. Plumetis y punto de armas.
Núm. 14.—Cifra con corona para servilletas. Plumetis y punto de armas.
Núms. 15 y 16.—Cifras para pañuelos, plumetis y punto de armas.
Núm. 17.—*M. P.*, cordoncillo y ojetes.
Núm. 18.—*M. P.*, bordado á plumetis.
Núm. 19.—*M. P.*, bordado á cordoncillo ó al pasado.

REVÉS.

Núm. 20.—Babero bordado á soutache ó cordoncillo sobre pique.
Núm. 21.—Esquina de pañuelo. Plumetis y calados.
Núm. 22.—Cuello de encaje.
Núms. 23 á 25.—Tres cenefas bordadas al pasado.
Núms. 26 y 27.—Dos ramitos bordados al pasado.
Núm. 28.—Escudo y cifras para pañuelo, plumetis, bodeques y punto de armas.
Un abecedario completo para marcar ropa blanca.
Letras y cifras encargadas por las señoras suscriptoras.



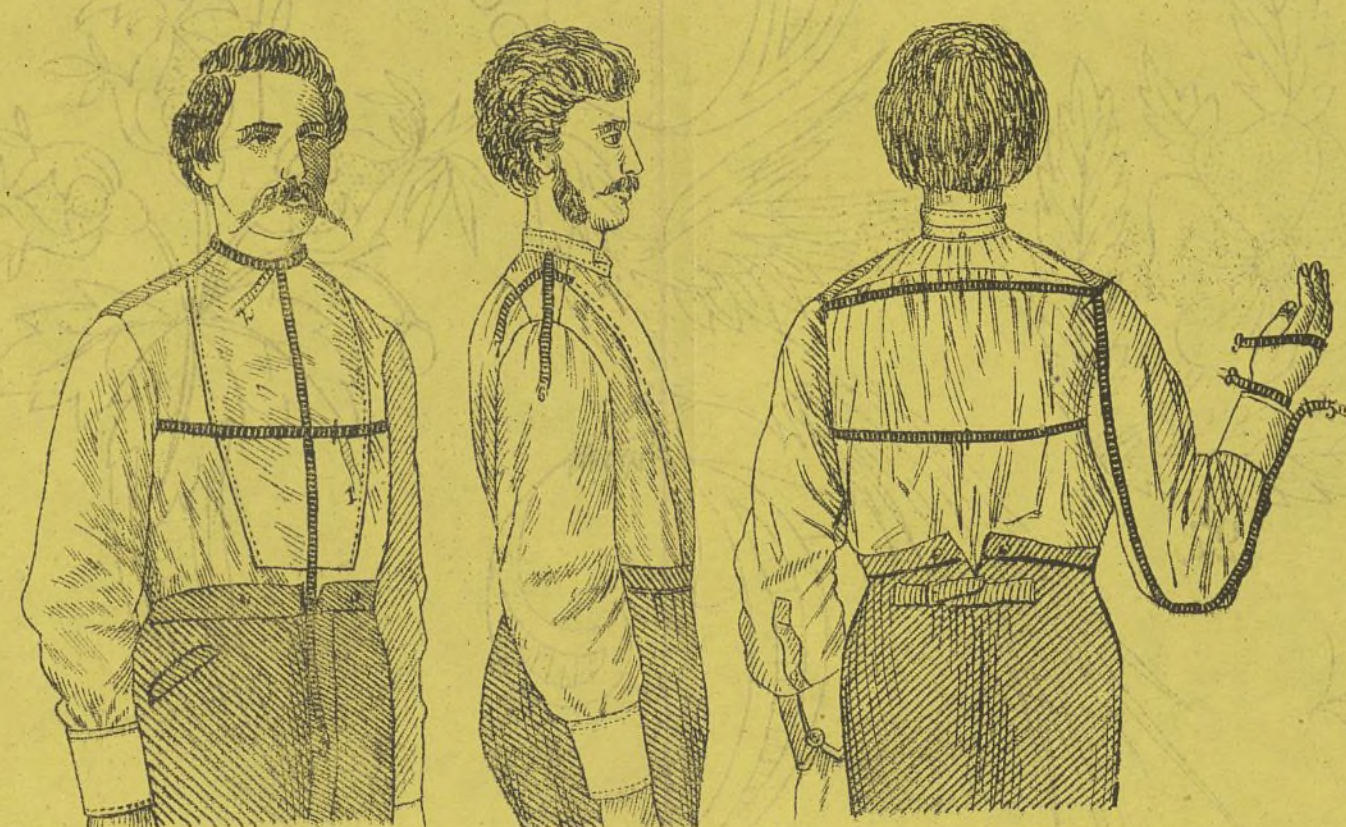
4. Regla dividida en centímetros y milímetros para marcar los patrones.



5. Escuadra dividida en centímetros y milímetros para marcar los patrones.



6. Tijeras para cortar las camisas.



1. Delante con las medidas 1, 2 y 3. 2. Espalda con las medidas 4, 5, 8 y 9. 3. Espalda con las medidas 4, 5, 8 y 9.



